

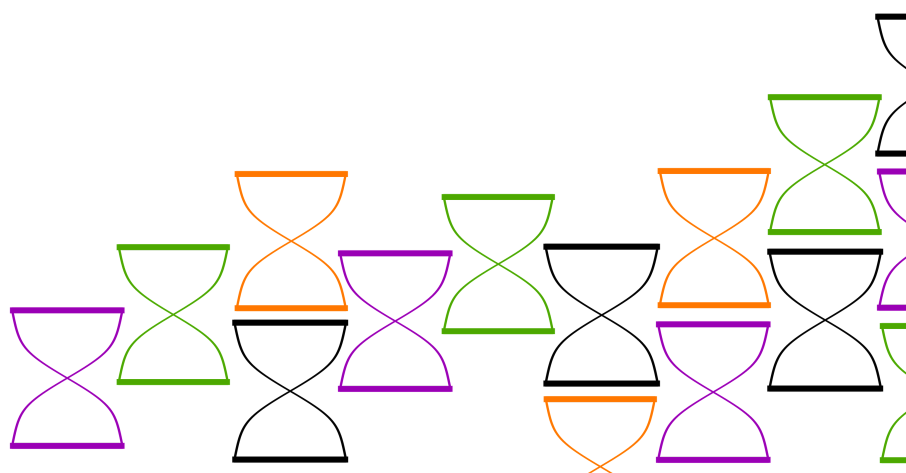
R E S E Ñ A

# “TEORÍA KING KONG”

de Virginie Despentes

Por María Clara Puigdomenech

**HETEROCRONÍAS**  
FEMINISMOS Y EPISTEMOLOGÍAS DEL SUR



**SOBRE LA LIBERACIÓN E HIBRIDACIÓN DE LOS CUERPOS  
RESEÑA DE TEORÍA KING KONG  
DE VIRGINIE DESPENTES**

*María Clara Puigdomenech<sup>a</sup>*

<sup>a</sup> *Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba*

---

La revolución feminista llegó para quedarse. Las críticas que plantea a los modelos que subyacen a las prácticas del día a día en nuestra sociedad, despejan el largo camino del necesario cambio socio-cultural. En tal sentido, *Teoría King Kong* constituye una obra en la que, de manera directa y política, Virginie Despentes encarna biográficamente cuestionamientos hacia el patriarcado y hacia el orden capitalista. A pesar de que han pasado catorce años desde su primera publicación, los contenidos tratados en el libro mantienen una fuerte vigencia actual. Es un libro que permite entrever los importantes avances logrados por los movimientos feministas. Sin embargo, la estructura misma del patriarcado, aunque manifiesta notables fisuras, se mantiene inamovible. La fragmentación del movimiento tanto a nivel mundial, como a nivel regional y nacional, no es algo reprochable, pero sí es susceptible de revisión crítica, ya que más allá de las luchas necesariamente específicas de cada contexto, es también necesaria la coordinación de todas en cuanto a los planteamientos que nos hacemos y que hacemos al patriarcado. De otra manera, la concreción de nuestros objetivos y la defensa de nuestros derechos será desigual, rompiendo con la base sorora e igualitaria del movimiento.

Virginie Despentes deja en claro estos aspectos al proponer *dinamitarlo todo*, cuestionando los roles asignados tanto a las mujeres como a los hombres. En este sentido, tradicionalmente a las mujeres se nos han inculcado valores, normas, estéticas y estereotipos desde nuestra existencia en el útero hasta nuestra muerte. Ni



siquiera muertas dejan de culpabilizarnos por *no cumplir* estas normativas. Esto se explica, en parte, porque el gran propósito de nuestras vidas es sentirnos imperfectas, para aspirar eternamente a la perfección. Si prestamos atención, todos los ataques del patriarcado pasan por nuestros cuerpos, porque desde ellos vivimos y por ellos somos reconocidas. Depiladas pero no antinaturales, con curvas pero no en exceso, delgadas pero no huesudas, sí pero no, no pero sí. Múltiples —por no decir incontables— mensajes contradictorios que día a día nos bombardean, atravesando nuestras corporalidades y llegando a lo más profundo de nuestras subjetividades. Mensajes que funcionan como mecanismos de control eficaces y de normativización. Es similar a una gran industria neoliberal, en la que de una gran máquina humeante salen mujeres en serie, sonrientes, sumisas y preparadas para la maternidad. Claramente, este modelo de meta-mujer que todo lo puede pero que paradójicamente requiere de alguien que la reconozca y la valide, es un modelo que está en todas partes para finalmente no acabar en ninguna. En palabras de la autora: *no existe*. Sin embargo, debemos custodiarnos las unas a las otras para verificar la cumplimentación del modelo. Nos educaron para autorregularnos entre nosotras y para soportar regulaciones externas. El único ámbito en el que somos reguladoras es en el del campo de las hijas e hijos. No podemos detentar virilidad, debemos disculparnos si tenemos poder, *no queremos que los hombres se asusten de nosotras*. En el fondo, seguimos siendo sumisas, aceptando las imposiciones. El llamado de Virginie Despentes convoca a asumir las consecuencias de tener poder y, además, en una difuminación de las fronteras de lo que pertenece a lo masculino y lo que es femenino, incita a la exteriorización de la virilidad de las mujeres. Si los hombres quieren mujeres sexualmente activas pero moralmente decentes, deben pasar por lo que la autora llama la *frustración de lo real*. Esto constituye la entrada en la heterosexualidad, asumiendo que quieren estar con hombres con atributos externos de mujeres. Más aún, propone que sí los hombres se contratan entre ellos, se aplauden y se ovacionan entre ellos, desacreditando la sexualidad femenina, ¿no será que quieren relacionarse sexualmente entre sí? La idea de una homosexualidad latente, coartada por la heteronormatividad patriarcal, es una clave de lectura en *Teoría King Kong*. Así como los cuerpos de las mujeres pertenecen a los hombres, los cuerpos de los hombres pertenecen al Estado. Todxs sometidos al mismo sistema. Los atributos que un buen hombre debe tener los sabemos a la perfección, porque se defienden con fiereza cuando cuestionamos sus bases: no llorar, no fijarse en otro hombre, ser cortés con las mujeres, pero gritarles en la calle. También, mantenerse al margen del terreno de la crianza de los hijos porque corresponde a las mujeres, alejarse de las tareas domésticas, saludar a las mujeres con un beso y no con la mano-- como generalmente saludan a sus pares varones--.

Incontables normas que deben cumplirse y que, generalmente, se cumplen. Pero, además, los hombres deben encargarse de poner en su lugar a las mujeres que se salen del orden. Así lo expone Despentés cuando relata el momento en el que la violaron a los diecisiete años junto a una amiga. No cumplieron con ninguna de las advertencias sociales que existen para no ser violadas —por ejemplo, no caminar solas de noche—. Tampoco pertenecían al estereotipo de mujer convencional, sino que eran parte del punk rock. Es notable en esta obra el papel que cumple la pertenencia a una comunidad punk-rock, que le permitió salirse de los roles asignados sin acercarse explícitamente al feminismo. A la vez, significa mucho más que pertenencia, implica identidad y forma parte del núcleo que la caracteriza como Virginie Despentés.

La violación es socialmente condenada pero también es socialmente legitimada. Pensando en un caso reciente, en el que una mujer no tan mediática denunció públicamente a un actor argentino extremadamente difundido y conocido, la sociedad automáticamente puso en duda la palabra de ella. Sencillamente, no se le puede creer así como así a alguien que ha sido violada. No se puede porque lo contó, o porque lo dijo demasiado tarde, porque sobrevivió, porque no se defendió lo suficiente. Porque estaba expuesta, porque lo hace para sacar dinero. Porque implica culpar a un hombre y asumir un daño. Una de las exposiciones que esta mujer hizo en un programa de televisión luego de la denuncia, fue que durante mucho tiempo no pudo ponerle un nombre a aquello que le había sucedido. De la misma manera, Despentés destaca que el no poder nombrar el hecho, no llegar a llamarlo violación, implica no reconocer lo que fue en realidad. No porque falte voluntad para hacerlo, sino porque hay un sistema encargado de que aquello no se nombre como tal. En su propia experiencia, relatada en el libro, da cuenta de esto. También explica, acertadamente, que seguramente aquellos que violan no consideran que están cometiendo una violación, aunque implique forzar a alguien que se resiste. Eso no fue una violación. Es un hecho que, cuando ingresa en el campo de lo propiamente simbólico, acarrea implicancias subjetivas más fuertes que cuando era *otra cosa*. Es claro, porque ya no es un suceso general, ahora tiene nombre de una agresión específica. Entonces, el mecanismo social de la no-creencia se activa. Más precisamente, haber sido violadx es correlato de justificaciones en pos de mantener el silencio anterior a la simbolización. Fue porque no opusiste demasiada resistencia, porque al final sí lo querías. Sobrevivir es una prueba de que en realidad estabas de acuerdo. Básicamente, si hubo violación necesariamente debes morir, de lo contrario tu palabra debe ser puesta eternamente en duda. Si sobrevives, debes estar triste toda tu vida, rozando el suicidio y la apatía crónica. Recibiendo miradas de compasión que,

paradójicamente, culpabilizan a tu cuerpo. Todos los discursos atraviesan el cuerpo. En este sentido es que Virginie Despentes destaca, además, algo sobre el momento en el que fue violada, la proximidad de los cuerpos en un espacio reducido:

(...) *Encerradas con ellos, pero sin ser como ellos. Nunca iguales, nuestros cuerpos de mujer. Nunca seguras, nunca como ellos. Somos el sexo del miedo, de la humillación, el sexo extranjero. Su virilidad, su famosa solidaridad masculina, se construye a partir de esta exclusión de nuestros cuerpos, se teje en esos momentos. Es un pacto que reposa sobre nuestra inferioridad. Sus risas de tíos, entre ellos, la risa de los más fuertes, los más numerosos* (2006: 30).

La asimetría del poder, el acto de la dominación explícito en la violación. *Yo hombre, te muestro que tu lugar, mujer, nunca será igual al mío.* Y allí nos debemos quedar, o pagaremos las consecuencias de semejante atrevimiento. Despentes expone, además, el verdadero hecho de que la violación es condenada por la sociedad, pero las mujeres son criadas al margen del ámbito de la violencia. Ese es territorio de virilidad y hombría. Así, se presenta una paradoja: no debemos golpear a los hombres cuando nos fuerzan, pero debemos perder la capacidad de recuperación de una violación. De esta manera, se prolonga eternamente el sentimiento de culpabilidad de no haber resistido lo suficiente. Además, la autora sitúa a la violación, a partir de la lectura de Camille Paglia, como un hecho político en el sentido de no quedarnos donde nos ponen después de un suceso de esta índole. Aunque se debe destacar que este es un acto aberrante, que tiene impactos profundamente subjetivos y del que nadie puede dictaminar absolutamente nada. La violación se vive y se afronta con los recursos con los que se cuenta. Despentes llama a *vivir con*, como un acto político de afrenta al patriarcado, como resistencia. Pero también destaca que vuelve allí aunque no quiera hacerlo, como hecho fundacional, como dolor que no cesa. El mensaje del texto es claro: no nos compadezcan, pero tampoco se entrometan en el dolor. De esta manera, el aporte de Virginie Despentes resulta esclarecedor en cuanto a las nociones con las que normalmente analizamos a la violación. Expone un abanico de dimensiones para tener en cuenta al momento de abordar estos sucesos. Una característica fundamental de *Teoría King Kong*, es que no sólo se centra en una crítica anti-patriarcal, sino que también ataca los cimientos del sistema capitalista a partir de un mismo contenido. De esta manera, en lo referido a la violación, la analiza como un acto patriarcal, en su caso particular como el hecho específico de poner en su lugar a la punk que se salió de la masa. En un plano más abarcativo, como medio de re-situar al sexo femenino en la categoría de debilidad y subordinación. Un recordatorio de que, como feminidad asumida o impuesta, tu

autonomía no es válida. Al mismo tiempo, los colectivos culpabilizan a las víctimas, argumentando que la responsabilidad no corresponde a un exceso de privilegios masculinos. La violación como correlato, o más bien, *esqueleto* del sistema capitalista como lo propone Despentés, es la estructura que lo mantiene erguido. En ambos, el mecanismo es el mismo: alguien domina —hombre o empresario— y alguien es dominado— mujer o pueblo—. Alguien ejerce su poder de manera ilimitada, excesiva, con intereses de doblegar y engullir, y alguien se resiste, pero de todas maneras es aplastad. En ambos, el placer viene dado por la obturación del deseo del otr. El aplastamiento de la subjetividad y el vaciamiento de los derechos, son la fuente del placer que mueve a la maquinaria ¿Una nace de la otra o nacieron juntas del poder colonial? Nuevamente, Virginie Despentés aporta otro nivel de análisis a problemáticas históricas. Las remite a una misma base, se desprenden como frutas de un mismo árbol cuyas raíces están arraigadas profundamente en las culturas y cuyo común denominador han sido las mujeres. Mujeres que no se han *reapropiado* del acto de la violación porque es un acto masculino. Es demostración de poder y ellas, precisamente, no lo poseen. Paradójicamente, la autora destaca que el único ámbito en el que las mujeres tienen autonomía y su palabra es sinónimo de poder, es en el ámbito privado del cuidado de lxs hijxs. Una buena madre sabe lo que es sano para su hijx, los horarios de alimentación, el tipo de entretenimientos que debe usar, las amistades que debe hacer. En primer lugar, la autora postula este posicionamiento de las mujeres como una renuncia a entrar en la vida política y en la esfera pública. En segundo lugar, encuentra una similitud con los movimientos políticos adoptados por un Estado represor. Si nos remitimos a la última dictadura cívico-militar argentina encontraremos un claro ejemplo de esto. Una época en la que el Estado posicionaba a los ciudadanos como infantes, dictaminando qué ver o leer y qué no, con quienes entablar relaciones y quienes expresaban un potencial peligro. Un Estado dictatorial es aquel que mantiene a las personas en la dulce ignorancia e inocencia del período infantil, cuidando que no oigan las cuestiones pertenecientes a los adultos. Más recientemente, con la reivindicación de la educación sexual integral en el marco de la lucha por la despenalización del aborto, surgieron cuestiones relacionadas a este planteo. Concretamente, se trata de la poca o nula información científica y responsable que reciben lxs niñxs y adolescentes en torno a la sexualidad, la diversidad, la prevención, el respeto. Gran parte de la imposibilidad del ejercicio de la ESI vino facilitada por sectores conservadores. A modo de regresión y dominación, pintaban sus pancartas de rosa y azul, manifestándose en contra de este programa ¿Por qué mantener en la ignorancia a las personas y decidir sobre sus subjetividades?

Claramente, un ejercicio pleno de un plan político colonial: para los varones brutalidad y protección, para las mujeres, maternidad y sumisión. Al decir de la autora:

*Cuando el inconsciente colectivo, a través de los instrumentos de poder de los medios de comunicación o de la industria cultural, sobrevalora la maternidad, no lo hace ni por amor de la feminidad ni por bondad global. La madre investida de todas las virtudes es el cuerpo colectivo que se prepara para la regresión fascista. El poder que otorga un Estado enfermo es forzosamente un poder sospechoso (2006; 23-24).*

Similar a lo que ocurre actualmente en torno al debate sobre la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo. Se repite la dinámica de sectores altamente conservadores que invisten a *la maternidad* con atributos positivos, instintivos, irrenunciables, inherentes a la condición femenina. No importa si la persona ha sido violada y obligada a gestar y a parir, ser madre es el desenlace más feliz de la historia. No importa si no se cuentan con los recursos básicos para la crianza. Nada importa, porque la maternidad es la esencia del ser mujer. En *El Cuento de la Criada 1*, el poder otorgado a la maternidad es tan ilimitado, que terminan por hacer de ella un sistema de esclavitud.

La moraleja: nuestros cuerpos no nos pertenecerán legítimamente hasta que no se legalice la interrupción voluntaria del embarazo. A su vez, debe cambiar el sistema de representaciones culturales sobre la mujer. Hasta entonces no serán nuestros cuerpos, sino de la iglesia a la que nos entregaron al bautizarnos. Del Estado que los criminaliza. De la opinión pública que los denigra. Incluso de algún familiar para utilizarlo a su gusto, pero nunca totalmente nuestros. O eso es lo que nos han hecho creer.

El trabajo sexual se presenta, desde la biografía de Virginie Despentes, como reapropiación de la corporalidad. Aquello que le había sido arrebatado cuando fue violada no estaba totalmente dañado. Podía utilizarlo a su voluntad y cobrar por ello. En un principio, postula al trabajo como *degradación* socialmente tolerable. Básicamente en el capitalismo, bajo las leyes del mercado, se remunera la explotación de los recursos humanos con dinero que —es más la regla que la excepción— nunca alcanza. Pero se tolera, porque es algo que dignifica. Ocurre lo contrario con el trabajo sexual. Eso es degradante, humillante y está prohibido. Es *hacer lo que no debe hacerse: cobrar por lo que debe seguir siendo gratuito* (2006; 55). Todo el colectivo social puede opinar y decidir sobre el tema, excepto la mujer. Desde su análisis, prohibir la prostitución es la finalidad del sistema, porque si se reconoce, el contrato matrimonial como núcleo reproductor de la lógica capitalista heteronormativa, dejaría de tener sentido. Incluso peligraría, porque su base está en el sexo gratuito a cambio de

la mantención y protección, bajo la carátula del amor romántico. Por ello no se sancionan regímenes regulatorios. Cabe destacar que, actualmente, existe un sindicato<sup>2</sup> que nuclea a las trabajadoras sexuales de toda la Argentina. Recientemente estuvo en el centro de la atención mediática, porque la categoría de trabajo sexual fue eliminada de un formulario de relevamiento de condiciones laborales precarias. El argumento que se utiliza para validar esta invisibilización sistemática es el de la trata de personas. Caben hacer algunas distinciones en esta línea. Principalmente, porque en la trata de personas se comercializa con mujeres obligadas a mantener relaciones sexuales, en situaciones de coacción e insalubridad. Otra lucha histórica que los feminismos enfrentan. La trata no es aceptable bajo ningún término ni circunstancia y quien la ejerce comete un crimen. En cambio, el trabajo sexual voluntario es otra cosa, aunque el sistema sea similar. Sexo por dinero, pero consentido, un trabajo como cualquier otro. A partir de su experiencia como trabajadora sexual, Virginie Despentes da cuenta de las aristas asociadas a las posiciones asignadas a las mujeres y a los hombres dentro de ésta dinámica. Que un hombre —cualquier hombre— pague por servicios sexuales no lo caracteriza, es una cuestión socialmente asumida, no hay un antes y un después. Pero, la mujer que encarna esos servicios sexuales es estigmatizada, está marcada. Causa asombro y pudor, pero sobre todo se la mira como se mira a las víctimas. Ahondando en las bases de la negación rotunda a reconocer al trabajo sexual como trabajo, no encontramos un fundamento válido. No hay un porqué específico ¿Cuál es el problema de cobrar por el sexo? ¿Reclamamos la liberación de los cuerpos pero queremos mandar sobre los mismos? En este sentido, la autora señala que no hay una línea fronteriza entre la prostitución y el trabajo asalariado legal. En realidad, cuando hay hombres que acumulan poderes, lo que las mujeres hacen con sus cuerpos termina siendo parecido: tapas de revistas semidesnudas o venta de sexo ¿Dónde está el límite? Vivimos en una sociedad basada en el consumo de los cuerpos de las mujeres. Desde programas de televisión en los que se hace primera plana de los pechos hasta la entrada gratuita—porque ellas son el objeto de consumo —a los boliches nocturnos. Todas las miradas atraviesan los cuerpos de las mujeres ¿y se oponen a que los utilicen como medio de trabajo consensuado? La gran paradoja del capitalismo: ser consumida antes que consumidora. Producida antes que productora. *Deseada antes que deseante. Básicamente, como el trabajo doméstico y la educación de los niños, el servicio sexual debe ser gratuito. El dinero significa independencia.* Las trabajadoras sexuales molestan porque están por fuera de la familia y el hogar tradicional. Porque deciden y porque no dependen. Así mismo, el hombre que paga debe mostrarse como salvaje, con una sexualidad dañina y le debe ser complicado acceder al servicio. Siempre



estos mecanismos de dominación se dan a través del cuerpo de la mujer. De nuevo: cuerpo suyo, pero cuerpo no reglamentado. Negar el derecho al reconocimiento del trabajo sexual como trabajo aumenta la estigmatización y socava las posibilidades de ascenso y vida digna. Además, se propician situaciones de vulnerabilidad y abuso del poder. Para finalizar, Despentes aclara que: *lo que resulta violento es el control que se ejerce sobre cada una y cada uno de nosotros, la facultad de decidir por nosotros lo que es digno y lo que no lo es* (2006; 72). En efecto, decidir cuándo un aborto es digno y cuándo un cuerpo se emancipa es un acto explícito de violencia y colonización.

En el mismo orden de cosas, la pornografía ocupa también un lugar central en la obra, como hecho que cobra sentido al ser prohibido. En tal sentido, Virginie Despentes sostiene que la filmación del acto sexual no carece de sentido. Más bien, todo lo contrario. Sino ¿por qué tanta represión? En este punto—aunque en otros capítulos también aparecen—el texto denota claras referencias psicoanalíticas. Si se le opone tanta resistencia, es que el porno simboliza un conflicto. En términos de la autora, *le habla directamente a la fantasía*, no hay palabra que lo medie. Apunta directamente al deseo y despierta dimensiones que normalmente son negadas. Actúa sin dar la posibilidad de la *sublimación*. El porno es una creación que sirve para mediatizar otra creación. Básicamente, una gran contradicción de la vida en sociedad: recibimos mensajes sexuales pero, al mismo tiempo, todo lo referido al sexo sigue manteniendo un estatuto de tabú. ¿Por qué nos prohibimos lo que tanto nos gusta? Porque aquello que excita, dice Despentes, aquello que reside en el ámbito de lo privado y personal, las fantasías sexuales, no concuerdan con quienes somos ante los otros. Eso es, precisamente, lo que el porno revela ¿Que revela? Una libido que fácilmente se pone en marcha. Habla, pero la acallamos por la imagen social que se tiene de nosotrxs. Así mismo, en el porno ocurre, en lo referido a las mujeres, lo mismo que en el trabajo sexual. Las actrices porno son castigadas. Recientemente, una mujer que fue actriz porno se convirtió en una activista en contra del mismo y pidió los derechos de sus vídeos para eliminarlos. No constituye una contradicción. En esto, como propone Despentes, juega una doble moral: se piensa en su dignidad en cuanto corporalidad expuesta, pero no en cuanto a condiciones de trabajo y a su vida luego del porno. En otros términos, existe un sistema que asegura que la actriz porno no pueda encajar en ninguna otra categoría. Así como la trabajadora sexual. Asignadas para siempre en una posición en la que ya no se encuentran, pero sí las encuentran. Aquí destacan dos puntos. Primero, nuevamente en un análisis político, este aspecto puede leerse como la lucha de clases. En palabras de Despentes, mujeres que se salieron del orden y se hicieron con el ascenso social, no pueden hacerlo. Sólo pueden ascender si contraen matrimonio. Segundo, no hay fundamento en compadecer a una

actriz porno. Son activas, desean sexo, sin embargo siguen siendo, ante algunas miradas, víctimas ¿Por qué? Porque la actriz es el centro del quehacer porno, su cuerpo es el que se muestra como *el* cuerpo. Se comporta virilmente, *como si fuera un hombre*. Los hombres, a fin de cuentas, se identifican con ella. Se imaginan manteniendo relaciones sexuales con otros hombres y aquí está la *frustración de lo real* antes nombrada. Hombres son, como dice la autora, los beneficiarios del porno y esto porque ni el dinero ni el poder quedan bien en las mujeres. Tampoco lo hace el deseo. Necesariamente, debe ser mediatizado por un hombre. Se apropian de todo, incluso del orgasmo y en dos sentidos. Si no llegamos a él fracasamos—la falla estructural del ser mujer que se repite en todas las dimensiones de la vida—y si llegamos es gracias a que un hombre es el proveedor de esa satisfacción plena. La masturbación no constituye una opción. No es aceptable ni ejercerla ni fantasearla. Si como mujer se tiene un lado sexual, el mismo debe ser reprimido para ingresar a la dinámica social. Otra vez, la violencia recae sobre los cuerpos, atravesándolos como propone la autora al preguntarse *¿Cuándo se conectan las mujeres con sus propias fantasías, si no se tocan cuando están solas?* Y principalmente, *¿Cuál es el contacto que una establece consigo misma cuando su sexo está sistemáticamente bajo el poder del otro?* (2006; 88). La sexualidad femenina, en tanto patrimonio no individual, sino social y especialmente masculino, es siempre estigmatizada. Un ejemplo de ello que propone la autora y que puede re-actualizarse es el siguiente: cuando las mujeres expresan su sexualidad en público, son objeto de burlas—son *las fanáticas*—. Pero cuando un hombre le grita a una mujer en la calle alguna obscenidad, o le toca un bocinazo, o le susurra algo al oído—eso que hoy en el feminismo es conocido como acoso callejero—resulta que es una afirmación de su virilidad. Finalmente, una de las grandes críticas que ocupan la agenda de los feminismos, es el porno en tanto que reproductor de violencia sexual. Esto constituye una lucha y para la misma se pueden tomar los aportes que hace Virginie Despentes. A saber: que además del porno heterosexual y heteronormado, existen una gran diversidad de géneros dentro del porno y así mismo, múltiples maneras de filmarlo. Con mayor especificidad, características de satisfacción ligadas al país de origen. Quizá deberían proponerse más pornos disidentes. O quizá deberían entrar en la industria del porno lxs hijxs de la clase dominante lo que, al fin y al cabo, haría *explotar al orden moral fundado sobre la explotación de todxs*.

Por último, dentro los aportes que realiza Virginie Despentes, se encuentra el de la hibridación, un eje que sostiene a lo largo del texto. En efecto, a partir del análisis de la película de King Kong es como decide presentar la no definición de los sexos. King Kong, aquella bestia que no denota ningún rasgo masculino o femenino, es una

*metáfora del caos anterior a la instauración de lo binario.* Híbrido, ni hombre ni mujer. Ni primitivo ni civilizado. Fuerza, pero no dominación. King Kong es aquello anterior a los géneros que hemos abandonado. Lo hemos asesinado para someternos a la heteronorma, al orden de los roles de género, sucumbiendo ante la abolición de la *potencia fundamental*. Esta es, a fin de cuentas, la aclamada modernidad. Virginie Despentes, al estrenar una película<sup>3</sup> catalogada como porno, experimenta el efecto de la modernidad: una mujer no puede hacer lo que ella hace. Ser pública, hablar de mujeres hacia las mujeres, hablar de violencia. Todo lo que le recalcan es que es eso: una mujer. Mente de mujer, cuerpo de mujer. Castrada por la sociedad, castrada por los hombres. Aquello que le otorgaba el punk como refugio cuando es internada, y luego en su vida para resistir a estos mandatos sociales del cómo debe ser realmente una mujer, es un poco resquebrajado cuando se hace una figura pública. En tal sentido, dice que a las mujeres se les ponen los subtítulos. Como si no supieran lo que están diciendo. Los hombres detentan todo el saber sobre la feminidad, incluso saben cómo ser una buena feminista. Porque feministas eran las de antes ¿no? Más pacíficas, pidiendo por favor que se les permitiera votar. El conocido *mansplaining*, más poder de la palabra masculina porque la dice alguien que tiene pene. La palabra de las mujeres, en cambio, debe ser silenciada. Así lo experimenta Despentes con su película y así lo experimentamos cotidianamente las mujeres. Somos las responsables de todo lo que nos sucede, víctimas y victimarias, nadie más que nosotras. Pero, sobre todo, debemos callar esto porque los hijos del patriarcado se pueden ofender. Por eso, se plantea una pregunta fundamental: *¿Cuál es la ventaja que sacamos de nuestra situación que hace que merezca la pena que colaboremos tan activamente?* Claramente no nosotras, sino las otras en tanto que aliadas con el poder dominante. Las que soportan en silencio la violencia por un poco de posición. No importa que Virginie Despentes haya hecho una película sobre una violación, no importa que sea una gran pensadora. Lo único que importa es que le hayan recordado cuál es su lugar: el de la feminidad. Jamás será suficiente. La masculinidad debe asentarse en la opresión y la violencia, de lo contrario no es. Lo que sí es, en cambio, constituye un *trunfo barato*. La fuerza de los débiles que golpean a quienes por la estructura misma del patriarcado están inferiorizadas. Siempre femeninas, aprendiendo el arte de ser serviles. Con cuerpos insatisfechos y dóciles. Pero los hombres no, nada les pesa: ni el cuerpo, ni la edad, ni la mentalidad. Tienen aquello que las mujeres no, pueden acceder a ello porque es su privilegio de base: la virilidad. Lo público, lo *divertido*, la conquista, el dominio, lo interesante remiten a la virilidad. Lo más pequeño, en cambio, es de las mujeres. Lo que estuvo pero ya no está, lo que no significó nada. Al decir de la autora, *no es que ser una mujer sea una obligación horrenda, sino que es*

*degradante el hecho de que sea una obligación* ¿Obligadas a qué? A cumplir con un ideal abstracto, apolítico, ahistórico de la feminidad que marca nuestros destinos a fuego. Así relata Despentés el comienzo de su *domesticación*. Para ser parte de la orden del día de esta feminidad imperante, renunciando a sus características, a su potencia, incluso hasta a su clase social. Para alcanzar una familia, una reputación respetable, una fineza intachable. Para terminar, finalmente, no adaptándose. Y aquí está la esencia del punk rock, de nuevo, que la enorgullece de no adaptarse como mujer viril que es. La virilidad, como lo expone a lo largo del libro, pertenece también a las mujeres ¿Dónde está, entonces, la tan proclamada frontera?

Cabe destacar otra cosa que la autora remarca. El hecho de que las mujeres no sólo han atravesado la historia de los hombres a lo largo de los siglos, sino que han atravesado su propia historia de opresión específica. Hoy, a pesar de los avances, se puede repetir su frase: no vengan con el cuento de que las cosas son distintas. Hemos logrado muchos avances, es verdad. Pero más allá de los mismos, aún hoy mujeres de Arabia Saudí están presas por reclamar el derecho a conducir un automóvil. Sin ir tan lejos, aún hoy explotan sexualmente a mujeres sin su consentimiento. Aún hoy desaparecen a plena luz del día y nadie las vuelve a ver. Aún hoy las cifras de los femicidios siguen en aumento. No nos engañemos, queda mucho trabajo por hacer y para llevarlo a cabo este libro constituye un gran aporte. Mujeres, obligadas a callar para sobrevivir, a escuchar aquello que no necesitan escuchar. Siempre otra voz es mejor para expresar lo que piensan que la suya propia. Despentés destaca que la actitud no reside en querer ser hombres, sino en acceder a lo mismo siendo mujeres. A la fuerza, al quebrantamiento de las normas, al desafío político, a todo lo que tenemos derecho a tener. Porque se le echa la culpa a la emancipación de las mujeres, a los colectivos feministas, de la ruptura y falla del orden social capitalista. Pero la realidad es que *a los hombres les gustan los hombres* y que hablan de mujeres porque quisieran serlo. Pero están obligados a seguir el mandato patriarcal de que un hombre no puede estar con otro hombre. Hasta aquí, lo que la autora destaca como una crítica al feminismo: hubo una revolución de las mujeres ¿y no se abordó la cuestión de la masculinidad? ¿los seguimos protegiendo de la verdad? Al fin y al cabo, la realidad es la misma para todxs. Las mujeres pueden quebrantar leyes y los hombres pueden dedicarse al hogar. *El eterno femenino no existe y librarnos del machismo es una trampa*. El sistema oprime a todxs, aunque sistemáticamente las mujeres nunca tuvimos opción de elegir nada. *Librarnos del machismo, una farsa*. Lo que en realidad hay que hacer es *dinamitarlo todo* y lo haremos, gracias a la revolución que traen los feminismos y a los aportes de feministas que pueden abrirse el camino en la opinión pública.

Un último mensaje: no más dicotomías y encierros. La igualdad la traen los movimientos feministas y los movimientos LGBTQ+. Para que no existan más closets, para que la interrupción voluntaria del embarazo sea ley, para que las trabajadoras sexuales sean reconocidas como trabajadoras. Para que las mujeres dejemos de ser la clase dominada y para que nuestros cuerpos sean sólo nuestros. Como se dice en las protestas: *la revolución será feminista o no será*.

---

## Notas

1. Serie televisiva emitida desde el año 2017 y hasta la actualidad, basada en la novela de Margaret Atwood titulada *El Cuento de la Criada*, publicada en el año 1985.
2. Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (Ammar) que cuenta con sedes en diferentes puntos del país. El sitio web oficial es: <http://www.ammar.org.ar/index.php?lang=es>
3. Refiere a la película *Fóllame*, co-dirigida por Virginie Despentes y Coralie Trinh Thi, basada en la novela de Virginie Despentes titulada del mismo modo. El film se estrenó en el año 2000.

### María Clara Puigdomenech

[mcpuigdo@hotmail.es](mailto:mcpuigdo@hotmail.es)

La autora es estudiante de la Licenciatura en Psicología y de la Tecnicatura en Acompañamiento Terapéutico en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. Ayudante alumna en la Cátedra B de Problemas Epistemológicos de la Psicología. Se posiciona como militante feminista, como escritora incipiente en el ámbito literario y, recientemente, en el académico.